

# El dulce lamentar de Garcilaso <sup>(1)</sup>

**Roque Esteban SCARPA**

En ese extraño libro de "Los trabajos de Persiles y Segismunda" tiene Cervantes una exacta definición de la poesía: "La excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprovecha; es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho". El libro cervantino está escrito en los finales días de su vida, "puesto ya el pie en el estribo", de camino hacia la muerte, hacia esa muerte que iba viviendo con la mengua de sus esperanzas. Vamos advirtiendo en su lectura que los gestos de sus hombres están velados por una sombra, perdidos en una niebla de misterio, lejanos de los rotundos hechos de las vivas creaciones del Quijote, cuyos movimientos y actos tenían como fondo una cruda tierra desmesurada, un suelto y cristalino cielo. Ahora, cerca del misterio definitivo del hombre, sus palabras tienen el conmovido tono de un mensaje postrero, y se derrama por ellas algo sutil y consolador que el ojo humano logra atisbar. Esa leve palpitación, ese débil meneo de su sangre, nos indica que sus ojos están naciendo para otras luces. Ese libro es como la última palabra de su conciencia, como el resumen de la aventurada vida humana. Cervantes da allí su definición poética. También en esas mismas páginas habla de "las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega". ¿Pensó Cervantes en la voz sobrada de Garcilaso al escribir de esa poesía que se escapa de las manos, como un agua limpia que es; como un sol purificador cuya bondad

(1) De la obra "El Maestro de Soledades", próxima a publicarse.

y tibieza se siente, mas no se coge; como un rayo encendido, alumbrador, huidero; como instrumento acordado en alegres sonidos?

La poesía, para Cervantes, en trance de definir aproximadamente lo indefinible, tiene dos elementos: un cuerpo poético que se palpa: en instrumento y agua; una esencia, que procede de ignorado sitio, de lejana habitación, y que viene, sorpresiva, aclarando con su lumbre provincias del misterio. Un cuerpo y un alma: un hombre. Y con ella queda el misterio en pie. También había dicho don Miguel, en otra parte, que la poesía era una doncella que no gusta de andar por plazas y mercados. Una doncella, lo no conocido, lo virginal: el misterio.

De este desconocido corazón de una realidad sólo sabemos los elementos: agua, sol y fuerte lumbre y nota que duerme en las cuerdas de un instrumento

**esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarla.**

Cervantes pensó en Garcilaso al definir la poesía. En la primera égloga, Garcilaso, de otro modo, hace nacer la naturaleza, su lamentar y su amor, con la suave luminosidad encendida de un sol de alba, con un agua limpia que corre murmurando, con un canto ya despertado por la mano de nieve "más helada que mármol a sus quejas".

**Saliendo de las ondas encendido  
rayaba de los montes el altura  
el sol, quando Salicio, recostado  
al pie de una alta haya en la verdura  
por donde un agua clara con sonido  
atravesaba el fresco y verde prado,  
él, con canto acordado,  
al rumor que sonaba  
del agua que pasaba,  
se quexaba tan dulce y blandamente  
como si no estuviera de allí ausente  
la que de su dolor culpa tenía,  
y así como presente,  
razonando con ella le decía:**

Lo que le decía era su poética: su vida, el existir de hombre, con una carne y esqueleto y un alma enamorada. De sobre las alturas viene la luz que le ilumina, a sus pies corre la música con que ha de acordar su canto, y la naturaleza es el mundo en que reposa su cuerpo; pero, su real presencia es la queja tan blanda y dulce, que hace nacer la poesía, así como los gallos en los tiempos del Cid hacían "crebar albores". Su voz suena con su poesía, acordada a su poesía interior, al manadero de sus quejas y sus lágrimas, a su verdadero sér de hombre.

La poesía va siempre rectamente, hacia alguien. Es una flecha buscando un blanco en qué herir. Su razón es la herida, deleitosa o de llanto. Su existencia, el paso por el aire. Una flecha en su carcaj es poesía por expresarse, y como ella, haciendo su camino hacia la herida, es como vive muriendo y teniendo razón de ser. La poesía y la flecha van hacia un blanco ausente de sí mismas, y su viaje hacia él, es como quejarse y razonarle

**como si no estuviera de allí ausente.**

Walt Withman decía que las palabras del creador de poemas son la totalidad de la sombra y la luz. En la poesía, la sombra es el cuerpo poético que lleva, que conduce aquel rayo alumbrador del que no se sabía su procedencia por venir, justamente, de la sombra. En la flecha lo sombrío es la materia, que, presurosa, mueve a su fin, a la muerte, la luz de su vuelo, la razón de su existencia:

**y claras luces de las sombras vanas.**

Este misterio poético, esta claridad metida en las entrañas de las sombras, no la ignoraba el autor de "El condenado por desconfiado", quien pone en boca de Enrico, una definición personal, humana, de su enigma de hombre. Para sí lo advierte:

**El enigma he entendido ya  
de la voz y de la sombra:  
la voz era angelical,  
y la sombra era el demonio.**

Anda siempre la poesía por los aires, dando testimonio de su esencia alada, de su angelismo. En ocasiones, cae, porque la materia que la acompaña y le da la forma que notamos, es sorda para la música, para contestar la armonía de la intención, y además porque sufre una fuerza grave que tiende a derribarla en tierra. Sería lo poético perfecto si su forma fuese a la vez su esencia, como en los cuerpos gloriosos. La imperfección, como el Dante escribió, comienza donde:

**segue allo spirto sua forma novella.**

Mientras siga la forma al espíritu, deteniendo su vuelo, la poesía será imperfecta. La sección angélica de ella es el moverse aéreo de su cuerpo:

**qual por el ayre claro va volando,**

tanto más profunda y exacta cuanto menos se vislumbre la sombra de su cuerpo, cuanto más se acerque a la pura intuición angélica. Entonces, el cuerpo se hace uno con el claro aire, se esfuma

el demonio, y sólo queda en el cielo de la poesía, la voz del ángel, la melodía celeste:

**E una melodía dulce correva  
per l'aere luminoso.**

¿Qué dice esta voz de Garcilaso, corriendo por los aires, pisan-  
do el inmenso cielo? Razona, dolorida, con una ausente: es un la-  
mentar dolorido y dulce, por su soledad:

**¡Cuál me tienes el alma de dexarme!**

La presencia del amor es semejante a la luz que dispersa som-  
bras: su ausencia devuelve los fantasmas del tiempo, del sueño y  
de la muerte. El arrebatado amar saca al hombre de la tierra; la  
ausencia le mantiene entre los aires de esperanza. El amor condu-  
ciendo al hombre hasta las propias fronteras de su sér, pareciendo  
matarle con su exceso, siéndole una "viva muerte en las entrañas",  
le salva, le mantiene la vida, le purifica los sentidos. Puede decir  
el poeta: "Amor quiere que muera sin reparo", sin olvidar que en  
esta agonía de sentirse vivir realmente está la única vida posible.  
Cuando en verdad sabe que muere es cuando la ausencia, sin due-  
ño, deja libre a los codiciosos sueños. Ellos con impaciencia alzan  
la esperanza, ese dulce cepo, en que, imprudentemente, cae quien  
desea perpetuar lo huído. Recibe entonces la memoria ardiente del  
pasado, o la estéril alucinación de un porvenir. La esperanza es el  
aire de la ausencia, lo que la hace respirable, y dándole conciencia  
del existir, la mantiene. Sin ella, la ausencia es un dilatado vacío  
en que nada vive, ni nada muere, porque todo desapareció ya. Sólo  
la esperanza es la que grita, arrebatadamente:

**Estoy muriendo, y aún la vida temo**

Ella forcejea entre el vacío que intuye tras su muerte, y el  
traidor engaño que es su vida. Dos rigurosas simas abiertas a sus  
costados: helada agonía mortal, que en su centro se llena de terro-  
res, pues, haciendo revivir al hombre con su falso engaño, le es "un  
modo de matar nojoso y triste", "una muerte llena de mortal tar-  
danza". Se conoce allí la penosa vivencia de que "el tiempo el paso  
mueve", y que todo no es más que un engañar las horas, que van  
entrando, despojadas, inútiles, en su eternidad. Finalmente, muere  
también la esperanza, se amata su delicada lumbre

**con que andar solía  
por la oscura región de vuestro olvido.**

Sin ella, sin su pena, que era más que congoja, cruda muerte,

con la ausencia pura, ya en la airada muerte de su vida, se estremece, pensando

**que no hay sin ti, el vivir para que sea.**

Contigo tiene el vivir para qué ser: engendra siempre razón de vida el amor, y como todo estriba en el ser, en que sea, en que no deje de ser, amando, y no muera en un lento abandono frío, desamando, Garcilaso puede conocer la terrible cualidad de su amor, hasta qué punto es su entraña, su médula, su raíz. Conducido a él no por desvarío, ni emulación, forzada su libertad por el destino, recuerda que

**desde mis tiernos y primeros años  
a aquella parte me inclinó mi estrella.**

De este modo, su amor y su existencia están ligados: querrá mientras su encadenado y libre espíritu, rija sus miembros. Se explica que el tener oculto el amor, la ausencia, es como la suspensión del ser, como un desdoblamiento en el que un hombre pudiera llorar su propia y definitiva muerte. Su voz, entonces, saldría gimiendo y lamentándose en lágrimas el desierto abandono:

**Estoy contino en lágrimas bañado  
rompiendo siempre el ayre con suspiros.**

Y aun el no morir de tristeza pura, el seguir viviendo, sin su mejor parte, se le antoja mezquindad: "que no hay sin tí el vivir para qué sea". Y sin embargo, perdida la esperanza, viviendo la amorosa ausencia, sin tener para qué, tampoco puede rehusar Garcilaso ese ardor en cenizas convertido:

**así para poder ser amado,  
el ausencia sin término infinita  
debe ser, y sin tiempo limitado.**

Si piensa en la muerte, y va, por ficción, a ella "con paso largo y corazón seguro", el cielo le recuerda ese su destino irrenunciable, derribándole en tierra.

**Quando una fuerza súbita de viento  
vino con tal furor que de una sierra  
pudiera remover el firme asiento.  
De espaldas, como atónito, en la tierra  
desde ha gran rato me hallé tendido;  
que así se halla siempre aquél que yerra**

Nadie podrá desde ahora presumir de espantarle, nadie le hará tener miedo a la muerte. Puede bien jactarse de haber vencido al tiempo y proceder en infinito. Sabe entonces que como cautivo condenado al remo "en la concha de Venus amarrado", nadie osará

detenerle, pues ha logrado en la frontera de la muerte aquella libertad buscada. Si, anteriormente, las fuerzas del destino le habían traído a tales daños, ahora, libre ya del destino, consumido su amargo sabor, con su albedrío reposa en la habitación pura del amor.

Cuenta Santa Teresa de Jesús que, siendo niña, en los años que concertaba ir con su hermano Rodrigo a tierra de moros a pedir por amor de Dios los descabezasen, “espantábanos mucho el decir, en lo que leíamos, que pena y gloria eran para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre”. ¡Qué dulzura dolorosa es este hundirse en la entraña de la palabra siempre; qué perder la cabeza desentrañando el misterio de la eternidad! El humano Garcilaso, en el apartado destierro del Danubio, también se repetía, refiriéndose al amor: para siempre, siempre, siempre.

**Mas con la lengua muerta y fría en la boca  
pienso mover la voz a ti debida.**

Moverá su voz, aún dentro de la muerte, por aquella a quien debió su fuego y debe su hielo. Moverá la voz por quien amaba el silencio de la umbría selva, la esquividad del apartado monte solitario, y deseaba la dulce primavera de coloradas rosas, blancos lirios, verdes hierbas, enlazadas por el fresco viento. ¿Será una pasión este amor febril y denso del poeta? ¿Se alza este quejido melancólico y hondo de Garcilaso, esta voz a ella debida hasta en la muerte, por una mujer de claros ojos y dulce habla? Garcilaso ha detenido su pensamiento repetidas veces en la muerte: los claros ojos los deshace el tiempo; el llanto disuelve a un corazón, el habla de dulzura ni la guardan los ecos: palabras en el aire, más frágiles que nubes. ¿Es éste el fin de su amor: la contemplación, lenta e inexorable de la decadencia, del agotamiento de las rosas de la belleza, por las que otro poeta, Shakespeare, también gemía en sus sonetos?

Garcilaso no enamoró a ciegas: el español no se enamora a ciegas. Si su amor era eterno, el amor para siempre, el eterno amor que eternamente le faltó, gastando su posibilidad de ser en el mundo y contenerle, es que ese amor ansiaba lo imposible, juntando el sueño y la esperanza.

**Materia diste al mundo de esperanza  
de alcanzar lo imposible y no pensado,  
y de hacer juntar lo diferente.**

Pero esta conjunción imposible de reencontrar es por lo que

se lamenta: siendo todo eterno, si pasa, entra en el oscuro infierno de lo pretérito, de lo que no se rescata, de lo que con el recuerdo

**probando a levantar el cuerpo amado,  
levantas solamente el ayre vano;**

si se coge a tiempo, en el tiempo, puede abrazarse para siempre, para la eternidad. Lo próximo es siempre más vasto que lo pasado. Y ahora, perdida la realización de este amor, para el solitario Garcilaso sólo queda el llanto:

**Salid, sin duelo, lágrimas corriendo,**

y un crugir de huesos que no reflorearán en tierra. Así también lo entiende, con anticipación romántica, todo lo que él ha cantado: con él sufren el álamo escogido por Alcides, el laurel del rojo Apolo, el mirto de Venus, el verde sauce de Flérida, el fresno de la selva y el agua en su lascivo juego:

**Con mi llorar las piedras enternecen  
su natural dureza y la quebrantan,  
los árboles parece que se inclinan;  
las aves que me escuchan, cuando cantan  
con diferente voz se condolecen  
y mi amor cantando me adivinan.  
Queriendo el monte al grave sentimiento  
de aquel dolor en algo ser propicio,  
con la pasada voz retumba y suena.  
La blanda Filomena,  
casi como dolida,  
y a compasión movida,  
dulcemente responde al son lloroso**

El único que no vibra con simpatía, el que no responde, el que se endurece para no volver siquiera los ojos, es el amor. La profunda vena del llanto tiene en su entraña el agrio limón de un grito:

**Tu dulce habla, ¿en cuya oreja suena?  
Tus claros ojos, ¿a quién los volviste?**

Creemos en lo que dice el poeta, creemos en la voz de su espíritu, más o menos aproximada quizás de la realidad. Pero, si alguien buscase la realidad de Garcilaso, ¿cuál de ellas preferiría? ¿Garcilaso es el que fue y amó, humana, transitoriamente, o el que sigue siendo y amando, doloridamente, al que no le han quitado su dolorido sentir, porque no le han quitado su poesía, su eterna alma, levantada y alta, que es su verdadero sentido? Ambas realidades se entrecruzan, influyéndose recíprocamente: así este llanto en rostro de varón guerrero, puede antojársenos excesivo, antes de recordar lo que juzgó Cervantes de las lágrimas: "Por tres cosas es lícito que lllore el varón prudente: la una, por haber pecado; la

segunda, por alcanzar perdón de él; la tercera, por estar celoso; las demás lágrimas no dicen bien en un rostro grave". Todo el llanto del guerrero Garcilaso es de celos: "¿en cuya oreja suena?", "¿a quién los volviste?", llanto en hábito de pastor, disfraz de un pastor que anduvo por el mundo oculto tras una armadura guerrera: "áspero trato y són de hierro". En sus manos la espada era ejercicio a que la necesidad le inclinó.

**¿Qué tiene que hacer el tierno amante  
con tu dureza y áspero ejercicio  
llevado siempre del furor delante?  
Exercitando, por mi mal, tu oficio,  
soy reducido a términos, que muerte  
será mi postrero beneficio.**

El exceso de crudas guerras, el destierro de la patria, los peligros, han cansado su corazón. Ha visto perder mil veces su vida, escapando por yerro, dejando sangre, esa sangre nacida para el amor, esparcida en ajenos campos. Como caballero cortesano, en su fuero íntimo y en el aire de su época, respiraba la obligación de hacer grandes hechos de armas para no desmentir la sangre de sus antepasados; como español le llenaba el pecho de fuerzas la luz del día que contemplaba las hazañas. Y esta es la contradicción solucionada que fue la vida de Garcilaso. Antonio Marichalar tiene unas líneas ajustadísimas acerca del poeta: "Diríase que Garcilaso, hombre de acción, va absorto en su propio ensueño, y descuidado del acontecimiento externo. En suma, que fue ya un hombre de "mundo interior", para quien la realidad exterior no existe. Mas no lo fue al modo intelectual o esteticista, sino por el contrario, dando en su vida entera preferencia a los afanes de forzosidad más imperiosa". Estos afanes le llevaron junto al "disciplinable alemán fiero", "al cauto italiano que nota y mira", al francés "mudable", y al "osado español y sobrado"; motivaron sus heridas en el rostro en Olías, en la lengua y en la muñeca en la toma de la Goleta. Mas de estos afanes se zafa por el ensueño poético, por la esperanza que le sostiene un tan débil y creído engaño que es menester rehacerle cada día, hurtando del tiempo minutos para la nostalgia y la pluma:

**No pienses que cantado  
será de mí, hermosa flor de Gnido,  
el fiero Marte ayrado,  
a muerte convertido,  
de polvo y sangre y de sudor teñido,  
mas solamente aquella  
fuerza de tu beldad sería cantada,  
y alguna vez con ella  
también sería notada  
el aspereza de que estás armada.**

El recuerdo le lleva también a la deleitosa tierra de la patria, allí donde el sacro Tormes conduce sus aguas, donde hay praderas habitadas por frescos céfiros y diversas flores de suave olor, donde mueven sus claros y puros cristales, las fuentes. Recuerda al húmedo otoño refrenando el calor ardiente del estío, cuando “va faltando sombra a Filomena”.

Convida a dulce sueño  
aquel manso ruido  
del agua que la clara fuente envía;  
y las aves sin dueño  
con canto no aprendido  
hinchen el ayre de dulce armonía:  
háceles compañía  
a la sombra volando,  
y entre varios olores  
gustando tiernas flores  
la solícita abeja susurrando,  
los árboles y el viento  
al sueño ayudan con su movimiento.

Aquellos naturales prados le llevan de nuevo al recuerdo de su amor:

¿Quándo en valle florido, espeso, umbroso  
metí jamás el pié, que dél no fuese  
cargado a ti de flores y oloroso?

Y de allí el lamentar dulce: ¿Quién oye el dulce habla tuya? ¿Quién se mira en los claros ojos tuyos? Pone Garcilaso su queja en dos voces, en dos lamentos monologados: una voz en dos tonos: el de Salicio, afinado en la ausencia; el de Nemoroso, afinado en la muerte. En la ausencia es el llanto una secreta esperanza de ablandar la dureza de los ojos enajenados:

los ojos, cuya lumbre pudiera  
tornar clara la noche tenebrosa  
y escurecer el sol a mediodía.

En la muerte, el tono es mayormente adusto, sin esperanza terrena, “ya de rigor de espinas intratable”.

La ausencia, cuando se sabe para siempre, es semejante a la muerte. La voz Salicio de Garcilaso aún esperaba; la voz Nemoroso le desengaña. Los ojos claros, perdidos en la muerte de la ausencia, en el triste y solitario día del apartamiento amargo, han dejado al poeta, sin su luz de lucero, con la soledad de un

ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

En esta cerrada imagen negra y dura, ya no es la esperanza la que enciende una luz, sino un recuerdo que apaga una sombra. Un muro de espesa tiniebla los separa. La dura muerte airada ha

metido mano en su corazón y le ha hurtado hasta la imagen de su amor:

**Tal es la tenebrosa  
noche de tu partir, en que he quedado  
de sombra y de temor atormentado.**

Y cuando la esperanza, efímera creadora de ciegas estatuas, pretende alzar el bulto del antiguo amor, es sólo su mármol frío e inanimado, su belleza hecha tierra, la erigida. Las tinieblas dan testimonio de la luz, y el ciego y prisionero, quiere entrar en las tinieblas más apretadas de la muerte para hallar el otro lado del muro, el costado deslumbrante de sol donde reside la eterna poesía, la clara vista perfecta, donde Elisa, su amor, su poesía, anda con inmortales pasos. Garcilaso, que amaba en la mujer su poesía, su eternidad, llorándola eternamente, le solicitaba:

**¿Por qué de mí te olvidas, y no pides  
que se apresure el tiempo en que este velo  
rompa del cuerpo y verme libre pueda,  
y en la tercera rueda  
contigo mano a mano  
busquemos otro llano,  
busquemos otros montes y otros ríos,  
otros valles floridos y sombríos,  
do descansar, y siempre pueda verte  
entre los ojos míos  
sin miedo y sobresalto de perderte!**

El amargo y triste lamentar de Garcilaso, purgado en la difícil vía de la carne mortal, puro, transformado en un dulce gozar entre otros montes, ríos y valles, muévase luego "en la dulce región de la alegría".

